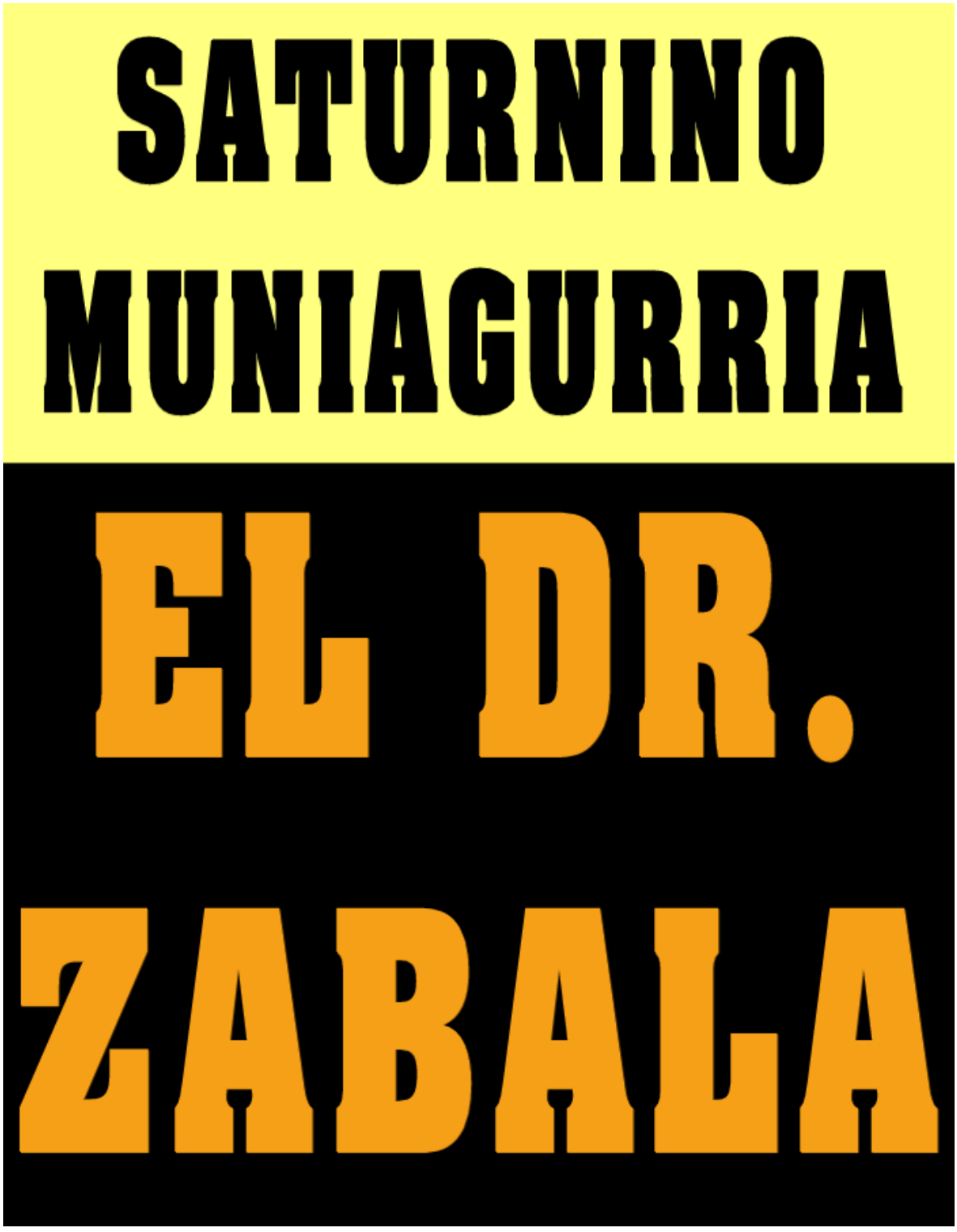
El Dr. Zabala

SATURNINO MUNIAGURRIA



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Los españoles que conquistaron América, se resistieron a hablar el idioma de los pueblos sojuzgados. Se lo impedía su orgullo. Considerando irracionales a los indios, juzgaron que emplear su lenguaje equivalía a equipararse a ellos. Esto les resultaba particularmente cierto tratándose del guaraní, idioma que carecía de una denominación precisa. El vocablo ñeé es el que más se aproxima a la palabra castellana lenguaje, pero en guaraní su acepción es mucho más general. Ñeé es no sólo el idioma hablado por el hombre, sino también cada una de las voces de que la naturaleza se vale para poner entre sí en comunicación a los individuos de cada especie. Ñeé no era sólo el lenguaje humano, sino también el canto del pájaro, el rugido de la fiera, el balido del toro y el ulular de los insectos. De un pájaro que cantaba bien se decía oñeé porá, es decir, habla bien; y no opurajei porá, que quiere decir canta bien. De allí que los indios llamaran a su idioma abá ñeé, que significa idioma del hombre, en oposición al de los demás animales. El nombre de guaraní se reservaba para designar la raza a que pertenecía dicho idioma.

Los descendientes de los españoles, opinaron de otra manera. Al cruzarse con el indio adoptaron no tan sólo muchas de sus costumbres, sino también su idioma, en el que descubrieron un número insospechado de voces con que dar forma oral al contenido de la naturaleza virgen, inmensamente rica en vida y colorido, en cuyo seno vivían.

Declarada la Independencia, los españoles que siguieron viviendo en el país continuaron aferrados a sus prejuicios, no renunciando ni aun a sus vicios de pronunciación. La anécdota que paso a relatar -anécdota que muchos deben conocer- pone de manifiesto dicha aberración. Fueron sus protagonistas el tirano Rosas y un gallego recién llegado, quien debió haber cometido alguna falta grave para que aquel lo hiciera concurrir ante sí.

-¿Cómo te llamas? - le preguntó.

-Orteja, señor.

-Querrás decir Ortega.

-Lo dicho, Orteja.

-Si no pronuncias tu apellido como es debido, tendrás que lamentarlo.

-Orteja me llamaron de niño, y Orteja he de morir.

La réplica fue terrible: ordenó que le bajaran los pantalones y lo sentaran sobre un hormiguero, impidiéndole que se levantara mientras no pronunciara hormiga en vez de hormija.

Muchos años después, ocurrió algo parecido a cierto Señor, aunque la pena que se le aplicó no tuvo nada de bárbara, no yendo más allá del ridículo en que cayó y la risa que provocó en todo el mundo.

Don Benito Quinteros vino de España cuando aun no había cumplido los veintidós años. El brusco cambio experimentado en lo que se refiere al clima y a la tierra que dejó atrás, no lo afectó mayormente, o si lo afectó en algo fue sólo en lo externo, conservando en lo demás intacto el bagaje que trajo consigo: honradez ingénita, bondad y una incansable voluntad para el trabajo. Bueno: trajo también sus defectos, el mayor de los cuales consistía en su tosudez. En cambio, su buena fe era tan grande, que no concebía que otros carecieran de ella e hicieran pública profesión del engaño. Desembarcado en Buenos Aires, no fue mucho más allá de la dársena donde atracara el buque en que hizo el viaje. Cerca vivían unos parientes en cuya compañía fue a vivir. Entró de inmediato en relación con algunos marineros de la Subprefectura, que le vendían piezas de género adquiridas de contrabando, que luego revendía en la ciudad, obteniendo buenas ganancias. Siempre con miras a una vida mejor, buscó y halló colocación en una sastrería del centro, de cuyo dueño no tardó en hacerse socio. Trabajando en las horas que le sobraban, en otros oficios, antes de mucho tiempo, consiguió redondear un capital que excedía los veinte mil pesos. Pensó entonces en abrirse y trabajar solo. Como en Buenos Aires la excesiva competencia reducía las ganancias, resolvió ir a establecerse en provincias, eligiendo al efecto la ciudad de Corrientes, donde abriría una sastrería. Sus condiciones de buen cortador le valieron una clientela numerosa, con lo que su sastrería pasó a ser la mejor de la ciudad. Como no gastaba en nada, las ganancias se fueron acumulando. Se

ignoraba a cuánto alcanzaban, porque no las depositaba en los bancos de la ciudad. El Banco Español del Río de la Plata, con asiento en Buenos Aires, era quien las recibía en caja de ahorros, abonándole un buen interés. Pero si había ganado mucho, también los años habían corrido para él sin que se diera cuenta. Cuando lo notó observó que había dejado de ser joven. Profundas arrugas le surcaban el rostro; además, empezaba a sentirse cansado.

Hasta entonces el amor para nada había entrado en sus cálculos. La mujer era para él algo tan remoto como los ángeles dibujados entre nubes, que decoran las naves de las Iglesias. Las mujeres a que él hubiera querido se hallaban en su tierra, y ésta estaba tan distante que no había que pensar en ir a buscarlas allí. En cuanto a las de aquí, asustaban con sus movimientos provocativos y sus trajes demasiado cortos y vaporosos, cuando no ceñidos hasta lo indecible para hacer resaltar las curvas y mostrar cosas que él se *reburizaba* de ver.

Pero el hombre propone y Dios dispone. Estaba una tarde sentado en la puerta de su casa, mirando pasar la gente, cuando vio a una muchacha cruzar la calle, recorrer la acera cierto trecho y detenerse luego a contemplar el escaparte de un negocio próximo. Antes de hacerlo, lo miró de soslayo, sonriendo después con una de esas sonrisas que no van dirigidas a nadie y sólo traducen la alegría de vivir. Era de talle delgado, caderas pronunciadas y rostro simpático y expresivo. Su cabellera negra y abundante, hacía juego con sus ojos, negros también y sombreados por largas pestañas.

- Nunca he visto un rostro más simpático - se dijo.

Cerró la puerta del negocio y en vez de ir a su club como acostumbraba hacerlo, se fue a la costa del río, a aspirar, desde la punta de San Sebastián, el aire fresco que llegaba cargado de los perfumes de las selvas de la orilla opuesta. Sentada en un banco sobre la barranca a pique, cruzados los pies, el vestido ligeramente recogido y hundida una mano en la mata oscura de cabellos, estaba la misma muchacha.

- Cualquiera diría que nos hemos dado cita - se dijo. La envolvió en una mirada y, girando, se encaminó al club. Esa noche no durmió.

- El calor - se decía.

Pero no era el calor sino la muchacha. Y no precisamente el recuerdo de lo que halló de simpático en su rostro, sino de lo demás... que empezaba en sus finos tobillos y terminaba en sus senos turgentes y voluptuosos.

Sus costumbres eran siempre las mismas. Salvo los domingos, que destinaba a su contabilidad, todas las tardes, terminado el trabajo, se sentaba en la puerta de calle. Cambiaba desde allí algunas frases con el tendero de la esquina de enfrente, comentaba con el amigo que al pasar se detenía a conversar con él, la última noticia, hacía memoria de las ganancias realizadas en el día. Al oscurecer, luego de cerrar la puerta iba a cenar a un restaurant vecino. Hubiera deseado hacerlo en su casa, pero carecía de servicio doméstico. Ya tenía bastante con el barrido del local, pues el muchacho al que tenía empleado, no siempre tenía tiempo de ocuparse de ello, impidiéndoselo el reparto a domicilio de los trajes confeccionados y la cobranza de las cuentas respectivas.

Empezaba a aburrirlo la monotonía de esa vida. Y sin embargo, nada le impedía trocarla por otra mejor. Pero estaba de por medio la rutina.

Conversaba una tarde con un amigo, cuando volvió a ver a la muchacha haciendo el mismo recorrido que la primera vez. Como la siguiera con la vista, el amigo le preguntó:

-¿Te gusta?

-Es linda de veras.

-Todos los días va a mi escritorio. Tengo a mi cargo la tramitación del juicio sucesorio de sus padres, pues es huérfana.

Se llamaba Isolina López. Vivía en Goya, en compañía de una tía. La necesidad de llenar algunos trámites había hecho necesaria su presencia en Corrientes. Regresaría con los títulos de propiedad en la mano, de los bienes heredados: una casa en Goya, y una estancia en ese departamento, con su correspondiente dotación de ganados.

-Es lo que se llama un buen partido - exclamó Quinteros.

-Dicen que a los peces se pesca con más facilidad con carnada de la misma procedencia. Tus veinte años de trabajo asiduo te han hecho rico. Si deseas conquistarla, eso te allanará más que nada el camino; inclusive tus dotes personales, que no son de despreciar.

- Déjate de bromas.

Y moviendo negativamente la cabeza se alejó.

Un día la sastrería amaneció cerrada, y pegado en la vidriera este letrero:

"Cerrado hasta que el nuevo dueño tome posesión del local". A nadie había comunicado su resolución. No tenía parientes; sus amigos podían contarse con los dedos de la mano.

-¿A dónde se habrá ido? - preguntaban.

No faltó quien recordara que en su juventud había sido un trotamundos.

- A lo mejor ha vuelto a las andadas - agregó.

-No es fácil -respondió otro-. Estos gallegos no cambian así nomás. Peso que ganan no vuelve a salir de sus manos; igual que los monos, que tampoco sueltan el puñado de maíz que le han puesto dentro de una calabaza para cazarlos.

En los pueblos chicos los secretos no tardan en ser descubiertos. Quinteros había ido a establecerse en Goya. Paró en casa de una hermana allí establecida, a la que no veía hacia tiempo.

-¿Conoces a Isolina López? - le preguntó una tarde que sentados bajo el corredor tomaban mate.

-La conozco mucho; es amiga mía; suele venir a tomar el té conmigo, mientras oímos la radio.

-Pues invítala para mañana.

Las relaciones de esa manera iniciadas, desembocaron en un casamiento. Fueron a vivir al campo, contentos de poder hacerlo. Formaron una familia ejemplar. Cuando los hijos habidos llegaban a la edad escolar iban a vivir en casa de la hermana de Quinteros, pues las escuelas que había en el campo -cuando las había- eran malas. La fortuna acreció. El ganado mejoró en calidad. Las aguadas naturales -esteros y lagunas- causantes de todas las infecciones, fueron reemplazadas por pozos semisurgentes que suministraban agua limpia y abundante. El sastre se había transformado en estanciero. ¡Y qué estanciero! Mientras los otros eran sólo una visita en sus estancias, él vivía permanentemente en la suya. Hizo de todo: de carpintero, de herrero, de albañil, de mecánico y hasta de simple picador de leña. Lo que no hizo fue aquello por lo que debió haber empezado: hablar el guaraní. "Hablar el guaraní - solía decir- es convertirse en un indio. Dios me libre de ello".

Si lo hubiera aprendido, hubiera con su ayuda conocido mejor a la tierra que le deparó honra y fortuna, mujer e hijos; hubiera obtenido mayor rendimiento del trabajo de sus servidores, que no siempre interpretaban debidamente sus órdenes porque las daba en castellano, y sobre todo, no se hubiera expuesto al ridículo, como una vez le aconteció por desconocer dicho idioma.

Durante sus cortas estadías en la ciudad, empleaba su tiempo en recorrer las calles y visitar la costanera, donde nunca faltaba un conocido con quien conversar.

Después de cenar iba al Club. Se sentaba a hacer de pato junto a una mesa de juego. Si formaba parte de un grupo y en él se entablaba una discusión que subía de tono, tosía fuertemente para dar a entender que las discusiones no lo interesaban.

Sabiéndolo crédulo, se lo hacía objeto de pequeñas bromas sin consecuencias, que una vez puestas en claro, era el primero en comentar risueñamente. Como jamás mentía y juzgaba por sí a los demás, creía a pies juntos lo que le decían.

-Don Benito: ha estallado la revolución. Conviene que tome medidas para que no le arreen los caballos de su estancia. 0 sino:

-¿Quiere don Benito que juguemos una partida de billar? -Pero si jamás he manejado un taco.

-No es necesario. Basta con apuntar en el centro de la bola; emplear tanto más fuerza cuanto más lejos se halla la otra, y tirar.

-Juguemos, si es así.

Naturalmente, las bolas salían disparadas, saltaban las barandas y rodaban con estrépito sobre el piso.

Una de las personas con quienes mantenía más estrecha amistad era el escribano de Registro, Gerardo Peñaloza, quien le servía de consejero en todos aquellos asuntos que por sí solo no podía solucionar. Como confiaba en él ciegamente, estaba lejos de sospechar que no era ajeno a más de una de las bromas que le jugaban.

Cierto día conversaban ambos parados en la puerta del Club. No lejos otro grupo de socios hacía lo mismo. Un hombre alto, desgarbado, de nariz ganchuda y montado sobre ella un par de lentes oscuros, se aproximó a dicho grupo. A Quinteros le llamó la atención que moviera la cabeza como las lechuzas cuando paradas en las puertas de sus nidos exteriorizan en esa forma su curiosidad.

-¿Quién es ése? - preguntó a Peñaloza.

-¿Ése? El Dr. Zabala, un médico oculista que ha venido a establecerse aquí.

Le pareció a Quinteros que Peñaloza sonreía mientras hablaba y que para impedir que lo notara volvía la cabeza, pero cuando miró otra vez de frente, lo vio tan serio que ya no dudó de la verdad de lo que le decía.

-No lo había visto antes.

-Se explica. Apenas si hace un mes que se halla entre nosotros.

Le refirió que la fama de que venía precedido no podía ser mejor; que se había recibido de médico en Italia y revalidado su título en ésta; que establecido en Buenos Aires, pronto se hizo conocer, siendo su clínica una de las más visitadas; pero que por razones de salud tuvo que clausurarla y buscar una ciudad de clima más templado. Esto explicaba su presencia en Goya.

De regreso en su casa barruntó algo. Había empezado a darse cuenta que bajo su aparente seriedad el correntino ocultaba un fondo de malicia y humorismo nada comunes. Pero eso no rezaba con Peñaloza, un hombre de excepción, cuya gravedad se hallaba acreditada por la vida ascética que hacía.

Fuése a pasar una temporada en el campo. Cuando regresó seis meses después halló que nada había cambiado en la ciudad. -Goya -solía decir- avanza con un paso de tortuga por la senda del progreso. Pero ¿acaso era mayor la velocidad por él desarrollada? ¿Qué otra cosa era su vida que la repetición diaria de los mismos hechos, todos nimios y sin importancia? Pasear por las calles de la ciudad; realizar las compras necesarias; hacer algunas visitas y charlar con los amigos en la puerta del Club.

Encontrábase cierto día allí reunido con varios de ellos, cuando se aproximó el Dr. Zabala. Como no lo conocía, pidió que lo presentaran. Empezaba a notar que se le iba acortando la vista, y quiso aprovechar la oportunidad de conocer al especialista, con el ánimo de ir al día siguiente a su consultorio para que lo examinara.

He aquí el diálogo que se entabló.

-Dr. Spineto, voy a presentarle un amigo.

- Cómo Spineto -interrumpió Quinteros-. Zabala querrá decir.

- Lo han informado mal. El apellido del Dr. es Spineto.

Déjese de embromar. Yo nunca digo algo que no sea cierto, Con sus bromas, ustedes todo lo echan a perder. El señor es Zabala, aunque Vd. pretenda hacerme creer lo contrario.

Sin que nadie pudiera impedirlo -fuera o no fuera realmente Zabala-, el aludido atropelló de un salto a Quinteros y cogiéndolo por las solapas empezó a sacudirlo.

-Estoy cansado -le dijo- de soportar bromas semejantes. O Vd. es un imbécil o lo han engañado.

Después que los hubieron separado, sin pronunciar una palabra, el rostro congestionado por la cólera y amenazando a todos con la mirada, Quinteros se encaminó a su casa. Se sabía objeto de una nueva broma, pero ignoraba en qué consistía. Cuando llegó a su domicilio se había serenado por completo. Después de todo, poco o nada le importaba que el sujeto aquel

se llamara Zabala o Spineto. Pero le interesaba saber qué ganaban los demás con haberlo inducido a aquel cambio de nombres. La explicación la tuvo al día siguiente: Se la dio un amigo.

-Zabala quiere decir en guaraní ojo de bala. El Dr. Spineto, que tenía un ojo de vidrio -esa era la razón por la que usaba anteojos oscuros-, que conocía el significado de esas palabras, y que sabía que con ellas lo llamaban, se ofendió cuando Quinteros lo llamó también así. Y estalló, cuando lo hizo por segunda vez.

-Vd. -concluyó el amigo- en el caso de él, hubiera procedido de idéntica manera.

-Tiene razón -le replicó Quinteros-. Hoy mismo iré a darle una explicación.

Así fue como después de transcurridos varios siglos de la dominación de los españoles, el guaraní se vengó en cabeza de uno de ellos, de las humillaciones y el desprecio de que sus antepasados le hicieran objeto*.

* Nota

Los españoles cometieron un error al proscribir el empleo de dicho idioma, sin estudiar antes la conveniencia que había en hacerlo. Si en vez de combatirlo lo hubieran utilizado como un elemento auxiliar, haciendo que los dos idiomas marcharan juntos, complementándose, tomando cada uno del otro lo que le faltaba, hubieran realizado la conquista de América en mucho menos tiempo del que emplearon. En idéntico error incurrió Sarmiento al llamar indios a los correntinos, porque hablaban ese idioma. La gran autoridad de su palabra hacía que nadie la discutiera; nadie, a excepción de Mitre, que salió en defensa de aquéllos publicando su célebre opúsculo "Ayererecó cuaba catú". El viejo prejuicio español seguía gravitando sobre el espíritu del gran educador. Inquisitivo e inquieto como era, no se explica como se desinteresó del estudio de este idioma, máxime cuando pudo hacerlo durante su larga estadía en el Paraguay.

A conocerlo a fondo se hubiera convertido en su mejor propagandista, ya que antes que nada era un didacta y la educación se difunde tanto más rápidamente cuanto mayor es el número de los medios de que dispone. Dotado como estaba de una inteligencia superior, forzosamente hubiera concluido por reconocer que el gua raní no se halla por debajo de los idiomas que se juzga más importantes. En él se hallan representadas todas las partes de la oración; todas las clases de verbos; todas sus formas de conjugación; todos sus tiempos -aun los compuestos-, y personas. Obsérvese este caso extraordinario. Los verbos irregulares son los mismos en guaraní y español. Cito estos dos ejemplos:

PRESENTE DE IND. DEL VERBO SER

Soy	Che
eres	ndé
es	haé
somos	ñandé
sois	pendé
son	haléuera

VERBO DECIR

digo	haé
dices	eré
dice	heí

Coincidencias, se dirá. Pero son demasiado numerosas para juzgarlas de tales.

El diccionario de la lengua define las vocales como las letras que se pronuncian con una sola emisión de voz. Mientras las vocales en uso no son en castellano sino cinco, en guaraní son once:

a e i o u ă ĕ ĭ ŏ ŭ î

Cada acento equivale a una pronunciación distinta.

Pero el guaraní posee una riqueza mayor, de que ningún otro idioma puede hacer alarde: las partículas. De ellas he dicho en mi obra "El Guaraní" (pág. 86):

Partícula es fragmento, cuerpo pequeño. Y eso son en efecto. Llenan los huecos del mosaico llamativo formado con dibujos indios, que es de ordinario la oración guaraní. Le infunden gracia, prestancia, vigor y flexibilidad. Nadie que desconozca el uso adecuado de ellas, puede preciarse de hablar correctamente este idioma. Como carecen de sitio de antemano determinado en la oración, el efecto que con ellas se obtiene se halla en gran parte supeditado a la habilidad y maestría de quien las emplea, logrando fijar en tal forma los matices más delicados y sutiles de que se visto el pensamiento. Cito un ejemplo, empleando una de las numerosas partículas quo existen -pasan de veinte-, la partícula pa.

Oú pa Peru ¿Vino Pedro?

Perú pa oú ¿Fué Pedro quien vino?

Hay un hecho evidente: el guaraní se halla muy por encima de la mentalidad del indio de la época de la conquista. ¿Cómo explicar el fenómeno? Forzosamente hay que admitir que tuvo su origen en una raza diferente. Desde que la invasión por el estrecho de Bering queda descartada, dada la distancia que mediaba, sólo los atlantas, al hundirse el Continente que habitaban, pudieron haberlo introducido. De acuerdo con una ley biológica que se cumple en todos los casos, el invasor, que había alcanzado ya cierto grado de civilización, sufrió en su cuerpo y en su psiquis una transformación, en sentido contrario, que lo convirtió en el hombre primitivo que fue en su origen. Pero el idioma quedó en pie, inmutable en su estructura, enriquecido con los miles de voces onomatopéyicas que se le fueron sumando a medida que el tiempo transcurría.

La ciencia argentina se halla en deuda con este idioma. Sus hombres han cargado con la grave responsabilidad de no haberlo estudiado y catalogado como correspondía a su importancia. Mayor es aún la responsabilidad de los Gobiernos, omisos en cumplir su obligación de ampararlo y protegerlo debidamente, impidiendo en tal forma que se llegue a su completa desaparición. Hablado por los habitantes de cuatro Provincias -Corrientes, Chaco, Misiones y Formosa-, hace tiempo que debieron haberlo declarado idioma oficial, con el mismo derecho que el Castellano, a ser enseñado en nuestras aulas, otorgándole en tal forma la carta de ciudadanía que otorgó a los descendientes de sus fundadores, los hombres de origen guaraní que habitan nuestro territorio. La inopia de unos y otros conducirá a la extinción total de este idioma, que conservado, hubiera constituido el más grande monumento vivo legado por América a la Historia.

Librodot